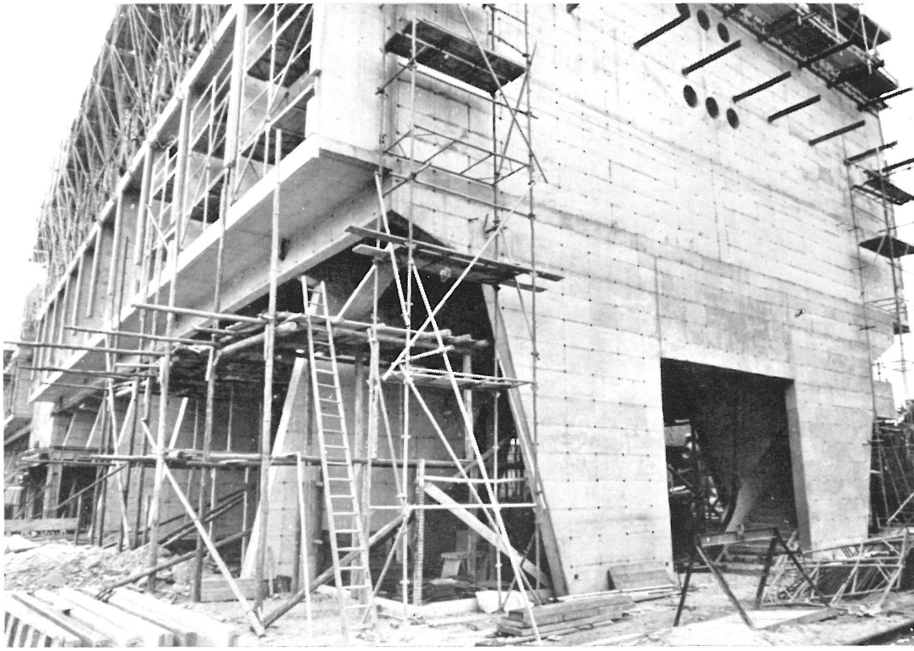


Le Corbusier



Le Corbusier ha muerto. Y al conocer la triste noticia de su muerte, vino a mi memoria aquel día, hace ya años, en el que hablaba con él en una corta entrevista que me concedió en su estudio parisino de la rue de Sèvres. Me parecía estar viéndolo de nuevo, rodeado del peculiar ambiente de su lugar de trabajo, hablándome con entusiasmo de lo que iba a hacer y con acusado desinterés por lo ya hecho. Su conversación, sus gestos y su persona se me mostraban tal cual fue: un hombre genial, violento, hecho a otra escala, de otro mundo; capaz de conciliar hasta la más grande contradicción: la de su propia personalidad. Porque él fue, por encima de todo, individualista; y su obra, en su variedad, es única y personal. Pero, pese a ello, se pasó toda su vida luchando ferozmente contra todo exhibicionismo y contra toda excepción, en busca de reglas universales, de principios sencillos y lógicos que permitieran llegar a esa panacea universal con la que todos los arquitectos pudiesen hacer buena arquitectura. Y éste fue su gran tema y su gran fracaso; a él le debe sus mayores ilusiones personales y su continua insatisfacción por no llegar a alcanzar este bello mito. Luchó con ahinco en su papel de continuo profesor, a veces sin alumnos, y desarrolló una constante investigación sobre el campo doctrinal, en busca de esas reglas que él mismo experimenta, comprueba y corrige en alguna de sus obras, mientras que en las más, se las salta a la torera, impulsado por su desbordada inspiración artística. Y es que en Le Corbusier lo que brilló siempre con luz estelar fue eso: su personalidad genial.

Y, efectivamente, a Le Corbusier hay que juzgarlo como un hombre aparte, como un hombre sólo—distinto, recio, vital, inquieto, inconstante...—que con sus estridencias dio muchas veces en el clavo. Fue un continuo forjador de nuevos caminos, siempre incapaz de recorrerlos con pausa para medir sus aciertos y corregir sus errores. Las ideas nuevas le obsesionaban, y la expresión brutal de esas ideas constituyeron sus mayores éxitos plásticos. Unos éxitos con fondo, que llamaron la atención por la desfachatez y despreocupación de sus formas. La superación la concebía a grandes saltos, con nuevas ideas y nuevas formas, y nunca como perfeccionamiento de algo ya conocido. El detalle no le interesó; su recia y áspera humanidad jamás



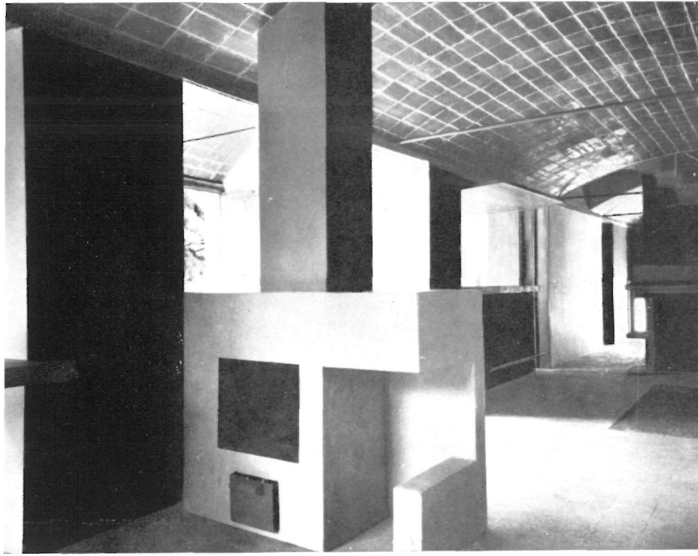
Unidad de habitación en Berlín.

le permitieron caer en el acabado meticuloso, como si el humanismo arquitectónico sólo fuese un tanto material —«la máquina de vivir»—y otro tanto genial, sin ninguna concesión a la perfección a la que desprecia como debilidad feminista.

Son muchas las nuevas ideas y pensamientos con los que Le Corbusier ha deleitado o sorprendido al mundo, a través de su arquitectura, su escultura, su pintura o su literatura. Mas era preciso una verdadera conciencia revolucionaria como la suya, incluso el latigazo de un ideal expuesto con violencia e ironía, para lograr producir el impacto de su nueva plástica. Y si su obra no siempre

Museo de Tokio.





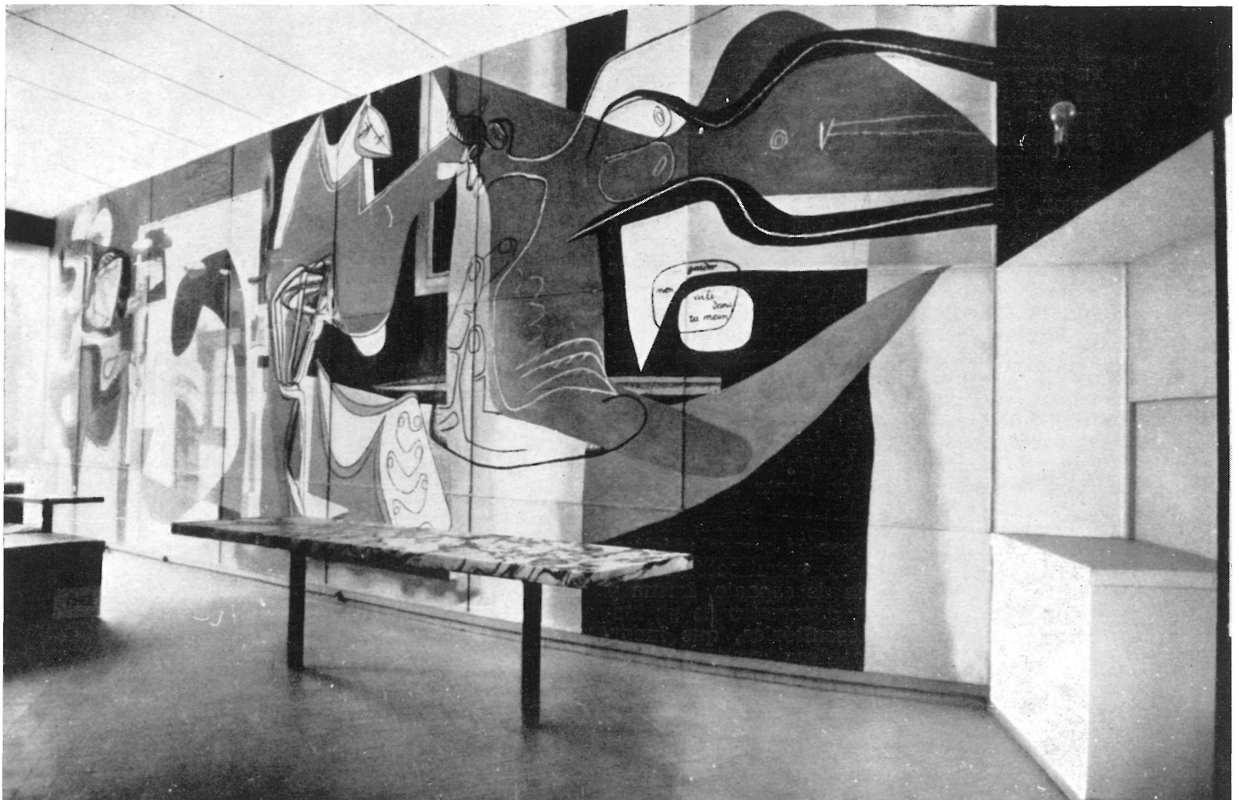
Casa en Neuilly.



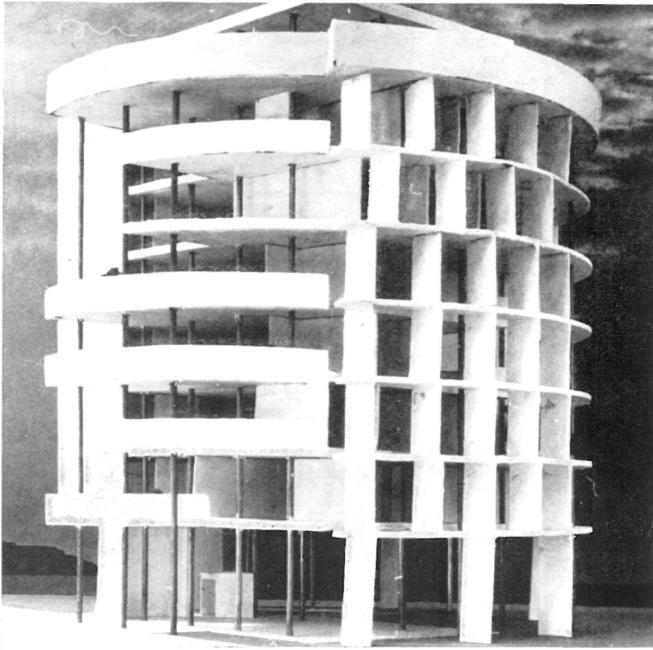
Villa Sarabhai (India).

produce la emoción plástica que él predica, ha esparcido abundante y variada semilla para que en otros fructifique. Frío ingeniero unas veces; clásico y academicista otras; y barroco y poeta otras... genial siempre, es acreedor a nuestra admiración como genio indiscutible de la arquitectura actual. Su obra, abundante y expresiva, perpetuará su memoria.

Pero la obra de una personalidad tan fuerte, y a la vez tan inconstante e insatisfecha, es difícil de juzgar. Porque en todas sus obras es él, pero un él distinto, contrario o inesperado. Comienza racionalista y academicista, pasa por integracionista y termina por crear el neobarroquismo.



Pabellón suizo de la Ciudad Universitaria (París).

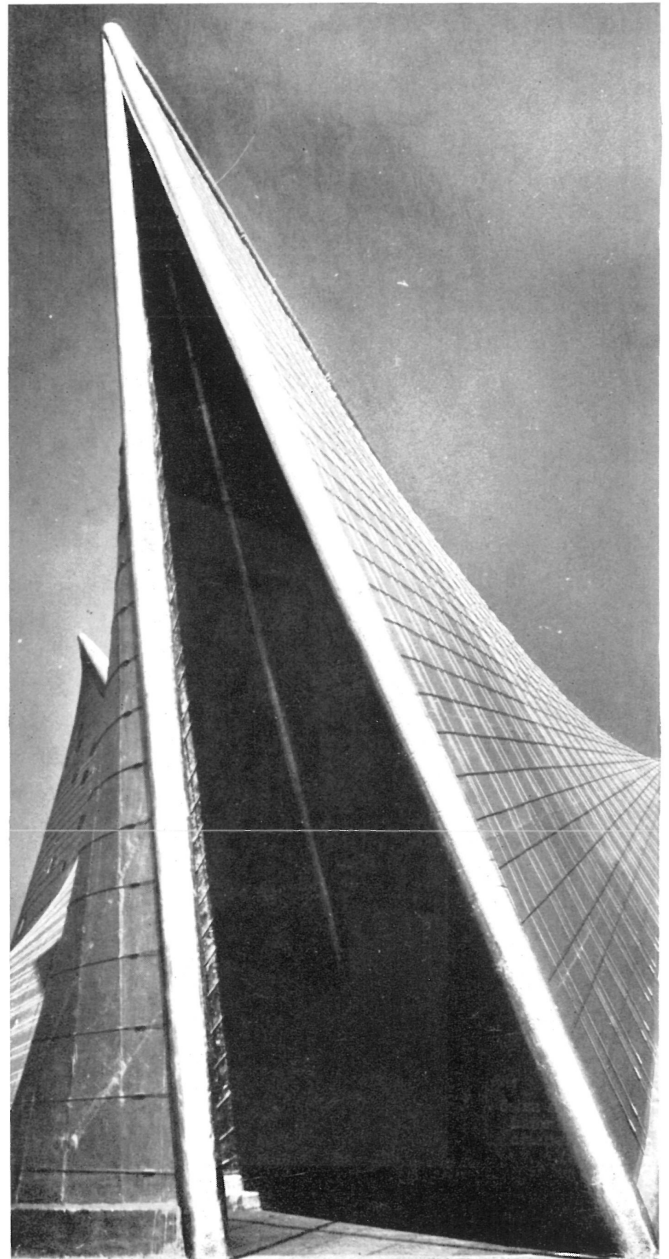


Embajada en Brasília.

Pabellón Philips (Bruselas)

El academicismo de Le Corbusier es clásico, de proporción áurea, de módulo y número, de humanismo métrico... Toda una teoría basada en un problema geométrico de imposible solución exacta, y cuyas dos series próximas, por exceso y por defecto, definen las series de Fibonacci, son la base del Modulor, o escalas de medidas armónicas directamente relacionadas con el hombre. Nancy, Marsella, Berlín... serán las «unidades de habitación» nacidas bajo esta disciplina. Sus valores y errores acusan que, evidentemente, son independientes de la medida, y que la aplicación de tan sencillo método no garantiza nada; su fundamento matemático y numeral es universal; sin embargo, su implantación en el campo arquitectónico no aporta nada nuevo a lo ya fijado bastantes siglos antes por Vignola o Palladio, que, al igual que Le Corbusier, se olvidaron de sus propias reglas a la hora de hacer sus mejores obras.

Y en su entusiasmo por la nueva plástica, remueve los conceptos arquitectónicos y vuelve a la integración de espacio, forma y color para permitir el desarrollo de su inspiración pictórica y escultórica, que incorpora con violencia y contrastes en la propia obra arquitectónica. Casa en Neuilly, villa Sarabhai, Pabellón Suizo, Chandigarh... serán testigos de esta tendencia en: una chimenea, un mural, un tapiz, una vidriera o un monumento...



Iglesia en Ronchamp.

Iglesia en Firminy.

En su entusiasmo por la arquitectura como arte, como meta plástica, será su postura neoplasticista, formalista y neobarroca, la que le permitirá lucir con mayor fuerza su genio, ya que en este campo encontrará las ocasiones propicias para el desarrollo de sus mayores contrasentidos. Su arquitectura nace entonces con libertad total, como una colosal escultura, cuyo volumen y masa adquieren jerarquía sobre el espacio, y se retuercen en formas análogamente a como lo hace el barro entre sus inquietas manos escultóricas. Y en barro y escayola realizará Le Corbusier sus investigaciones de pura plástica, y de sus manos surgirán esas obras toscamente modeladas en maqueta, y que constituyen la expresión más sincera de su propia personalidad. Ronchamp, Pabellón Philips, Firminy, La Tourette..., son obras de un genio que asombró al mundo por su fuerza y originalidad.

Hoy, al escribir en su memoria, emocionado aún por su pérdida, creo que es hora de valorar sus pasos adelante. Pasos de gigante, en continua veloz carrera hacia el futuro... hasta aquel día, ayer, en el que dio su último y trascendental salto a la eternidad, flotando en ese mar que surcó en todas direcciones y que fue vehículo y testigo de la universalidad de su obra.

FERNANDO CASSINELLO
Arquitecto.

